

EL DIVINO FRACASO

Rafael Cansinos-Asséns, 1918

Fue definido por su autor como un "librito de ensayos" en el que exponía las "desazones del escritor". Su dedicatoria es una "Ofrenda a los más jóvenes en arte". Consta de tres capítulos, *En los divanes del café*, *En la soledad* y *El divino fracaso*, enmarcados por una *Parábola inicial* y una *Parábola final*. El conjunto da lugar a una obra literaria que no se presta ni al resumen ni a la extracción de *los mejores pasajes* porque todos son precisos y prescindibles. Precisos, porque encajan perfectamente en el contexto. Prescindibles, porque se repiten varias veces a lo largo del texto, con una insistencia que no enoja. Entonces, ¿tienen sentido estos apuntes? Ninguno. Nacen de mi hábito de escribir al tiempo que leo con la esperanza de que así retendré mejor palabras que no quisiera olvidar nunca. En cuanto a por qué los subo a la red, quién sabe si le servirán de algo a quien, por pereza o premura, no pueda experimentar el placer de leer el libro completo.

Los números entre paréntesis con que se jalonan estos extractos indican la página en que se encuentra cada párrafo en la edición de Valdemar. Hay al final del trabajo algunos comentarios sobre la edición citada y el estilo del autor.

EXTRACTOS

Parábola inicial

En el último límite del invierno las flores del almendro cantan la canción del artista joven: sube, savia nuestra, más aprisa: ábrenos ahora que todavía es invierno. Así, cuando sea primavera por fin para todos parecerá que las demás han imitado el arte de nuestros pétalos.

I. En los Divanes del Café

En medio de la noche, a la hora en que la voz desfallece, trémula, en la garganta, y en que nos sentimos débiles sobre los divanes más amplios y firmes, envidia a esos jóvenes que con una voz tonante proclaman su genio, en plena calle contra el viento y contra la lluvia, semejantes a esos hombres ebrios que hacen madrigales a las lunas de los charcos. ¡Oh divina embriaguez de la juventud literaria (...)! ¡Yo también en otro tiempo he hablado como ellos (...), he dicho mi genio a las opacas perspectivas nocturnas y me he asomado, arrogante y bello de temeridad, al emplomado espejo del porvenir! Yo también he sido así [confiado y soberbio como una virgen, semejante todavía a un hijo menor de la posteridad] (31)

¡Oh amigos de otro tiempo! ¿Qué hemos hecho, cómo hemos respondido a las promesas de nuestra juventud? La luna sigue brillando como una copa intacta brindada para bebedores más fuertes. La vida no ha desfallecido sobre su costado. No hemos agotado la belleza de las cosas. (...) A medida que nos hacemos más

ricos en fórmulas y en secretos estéticos nos sentimos más tímidos y cohibidos ante la vida y ante nuestro propio enigma interior. (32)

He aquí la vida. Vemos cómo los jóvenes, audaces, la violan en nuestra presencia, la conducen a libros que son como lechos desordenados, mientras nosotros nos abstraemos en su contemplación. ¡Oh amigos! ¿Es que habremos olvidado el rito de la posesión? (33)

Amamos el milagro inmóvil de la estatua. (33) Quisiéramos modelar la belleza en palabras quietas y serenas que no tuviesen ni el temblor de un pulso. Existe la belleza dinámica. (34) Lo sabemos; pero en todo movimiento, por la gracia trémula y viva que se adquiere, hay otra que se pierde irremediabilmente: la gracia pura y única de la línea quieta que ya era bella y que acaso va a dejar de serlo. (35) ¡Oh! ¿Es que vamos hacia la belleza de la momia ungida y alhajada y que nunca más tendremos fuerza para abrazar a una fresca y viva criatura humana? ¡Oh amigos! Viendo pasar ante mí la vida, yo, artista refinado, cauto y tímido, estupefacto ante tanta carne viva y palpitante, exclamo acongojado: -He aquí la belleza que no podrás abrazar nunca. (36)

De aquí nace nuestra inquietud, que hace tan patética la serenidad de nuestra prosa. Cada una de nuestras palabras ha sido contrastada con otras peligrosas rivales: cada frase ha sido la liberación suprema de una serie angustiada de perplejidades. Estamos ante el coro de las formas como en un mercado de esclavas, con todas las torturas de la elección. (36) Cada día vamos despojando a la realidad de todos sus elementos impuros. ¡Belleza extática, parca e incorruptible, esto es lo que queremos! (37)

Voces rudas y animosas nos empujan hacia la vida, como hacia una rompiente de largas blusas de obreros y escotadas blusas de mujeres. Pero: ¿es que la vida vale por esto, o no más bien por el recuerdo en que todo se aplaca y se hace perfecto, por el recuerdo y la lejanía, en que todo se hace simbólico, inspirándonos la nostalgia de su presencia y de su movimiento, por el recuerdo en el que este café vibrante que semeja un buque en marcha, se nos aparecerá como un navío encallado en la playa del tiempo, henchido de tesoros intactos? (38)

Todo escritor que ha hecho una obra bella, sincera y pura, y ha visto tenderse hacia él manos gratulatorias... Tenía entonces la belleza desaliñada e ingenua de las bayaderas jóvenes y pobres que aún no danzan sino para ellas mismas siguiendo el giro de sus movimientos en la sombra de un muro. Vivía en el limbo del anónimo, tan grato y dulce como el limbo de la entraña materna y era bello y perfecto para sí mismo. (39)

Pero ahora que su belleza ha sido mostrada a todos, ¿seguirá adornándose para él solo o se dejará trastornar por la presencia aturdidora del público y se orientará hacia una belleza profana, democrática, que seduzca y arrebathe las miradas de todos, aunque él mismo no se atreva a mirarla plenamente en su soledad constelada de estrellas reprochadoras? (40)

¿Qué hará en lo sucesivo? Nuevamente, las lamentaciones de los hombres fáciles se elevarán hasta su genio y le exhortarán a abandonar el último resabio de su soledad altiva, a despojarse del último velo que hacía incomprensible su obra para la multitud... ¿Repetirá el gesto duro de su juventud, cuando rehusó magníficamente un fácil porvenir y desdeñó la gloria trivial de las bayaderas

desfloradas o se reclinará al fin, débil y tierno, en los anchos hombros romanos de la mediocridad? (41)

Por primera vez entonces, ante los ramos de rosas que se marchitaban en nuestro honor, como si nuestro genio fuese una belleza femenina, sentíamos desconfianza de nosotros mismos y de nuestra fecundidad futura. ¡Oh la congoja de esas noches de homenaje [en que] nos preguntábamos cómo podríamos responder a aquella expectación que asaeteaba nuestro pecho, pensando si aquella noche había quedado sepultado [nuestro] genio bajo las rosas que sobre él se han vertido...! (42)

Y al día siguiente, un hombre de voz recia que nos habla ya sin pudor, como a una mujer que ha perdido su ensueño virginal en una noche, nos dice: -Y ahora a trabajar... (43)

Cuando recuerdo aquella lastimosa apoteosis de que fui objeto y víctima, siento una gran vergüenza. Aquella noche tú, oh corazón mío, cediste a la voz de la tentación y perdiste parte de tu pureza. Desde entonces, desfalleces como una mujer que advierte la fragilidad de sus encantos. (44)

[El artista siente la tentación de corresponder a] la muchedumbre modesta y simpática. (44) En las noches ardientes de los teatros de arrabal, en que manos incontables se unen para aplaudir con un rumor que nos hace pensar en el mar que no se ha visto, he envidiado, oh amigos, al hombre borroso y ruin que salía a recoger los aplausos, y hubiera dado todos mis magníficos sueños y la fama póstuma, ornamento de los sepulcros, por aquel instante de gloria verdadera, cálida y roja. (45)

Y sin embargo, jamás haré la obra popular para complacencia de esta multitud que tanto amo. Y tú, buena mujer, amiga de mi madre, que querrías verme autor festejado de una obra clara y popular, no podrás nunca comprender del todo la belleza recóndita de estas páginas y tendrás que creer en mi genio con una fe supersticiosa. (46)

El espejismo de la obra plebeya me tienta como una invitación a la audacia, a la liberación de las energías contenidas en redes estéticas [igual que] las mujeres sedentes y extáticas sueñan con el vuelo de sus cabelleras y de sus faldas. (47)

Un amigo, escritor de prosa clara y ligera, ha venido a verme. Escribe novelas que son relatos sentimentales y realistas de su vida. Escribe y le parece que vuelve a vivir en aquella época y esta intensa evocación le produce un placer algo desconcertante, delicioso. Va llenando cuartillas poco a poco y este poder de hacer perennes las realidades fugitivas y reconstruir un coro de criaturas humanas que ya habrá dispersado la suerte; este poder casi mágico del escritor, le infunde una satisfacción suficiente. (47/48)

¿Cómo habría que hacer una obra perenne, definitiva, de absoluta e indiscutible belleza? Junto a mí oigo a los amigos expresar sus teorías, el realismo verídico, el realismo sentimental y el simbolismo estético. Estamos perdidos. (50) ¿Dónde está el artista nuevo? Claman [los editores], y parecen condenarnos a nosotros y a nuestros queridos temas gastados. Esta exigencia de arte inaudito es -

simplemente- el anhelo del libro vulgar y ruidoso que ha de venderse tanto y ha de llenas de números los suyos. Mas nada de arte. (51)

Ya vemos [al poeta nuevo] escribiendo sus primeros versos en una soledad que el perfume nupcial de las acacias hace acompañada y suave. [Es un] joven romántico, tan joven que aún forma una pareja tierna con la madre viuda. (52) Un joven de alma pura, que escribe para desahogar su corazón agobiado por las revelaciones prodigiosas de la pubertad, o una mujer triste -acaso una mujer triste- que escriba para distraerse. (53)

Los jóvenes vienen. Anoche, oh amigos, un jovencito tierno, imberbe y osado, me ha enseñado un papel enrollado y me ha dicho: -¿Sabe V. que va a tener en mí un competidor? He hecho un salmo. (54) Con taimada sonrisa animele a mostrarme su obra y torturado por los más viles celos, oí recitar al joven la ingenua rapsodia. Cuando calló el joven, instintivamente tendí mis manos al rollo de papel, y lo estreché contra mi pecho: -Quiero leerlo a solas- le dije. Y ahora, oh amigos, yo os digo capitán del fracaso: -El navío de nuestra estética, el buque en que hicimos la travesía de nuestra juventud, se hunde bajo el peso de un tropel de asaltantes. (55) El canto único, formado con lo más único de nosotros, he aquí que mil voces armónicas lo entonan con una gracia superior a la nuestra. Oh amigos, ¿no es la hora ya de abandonar un arte que nos usurpan los advenedizos? (56)

... hombres encanecidos en la adoración de la poesía, sentimos la congoja de las manos vacías y de nuestra juventud inútilmente disipada. Porque era hermoso creerse ruiseñor único de la noche, alondra única de la aurora. Pero ahora, habitantes de un bosque de encinas y violetas, debemos arrojar nuestros ramos y esgrimir el hacha de los leñadores con la cual se recoge la leña, que tiene un precio claro en el mercado. Amigos, debemos ser leñadores en nuestra florida floresta. (57) Debemos ser desde hoy artesanos, y mercaderes. (58)

¡Oh la amargura del artista que una vez vio la gloria efímera y la creyó plena gloria inmortal! Oh media gloria, más cruel que la oscuridad absoluta... Ante aquella negra soledad, el hombre oscuro que una vez se llenó de claridad en su obra, siente nacer en su pecho todos los escorpiones que hacen venenoso el yermo de los ascetas. (59)

Un hombrecillo joven todavía, pero envejecido por la vejez del traje (...) alcanzó un premio en un concurso de novelas (...) triunfo ni para la vanidad ni para la avidez mercenaria (...) Aguardó inútilmente la llegada de los editores, con la misma segura altivez con que las rosas ya cuajadas aguardan la llegada de mayo, editor infalible (...) Su frente, que había ostentado una noche una corona, se resistía ya a inclinarse. (60)

Ahora pedimos a la noche, no una guirnalda de plácidas estrellas, sino una corona de gloria efímera. Nos creemos con derecho y nos lamentamos con la amargura repulsiva de los que se creen desposeídos. Maestros del fracaso, en la noche más clara, un nimbo oscuro nos envuelve (...) Somos los desdeñados y sobre el campo de las áureas cosechas tenemos la gracia lamentable de las espigas quebrantadas. (61)

¡Oh nuestras congojas literarias, en la noche negra de nuestro anónimo! Como si fuéramos horneros que cada noche amasan las formas del pan para una hambrienta multitud, un pan que nunca hemos de poner sobre la palma abierta de

ninguna mano ingenua y ávida, sino sobre la columna truncada de nuestra soledad. (62)

Y como si un pueblo incontable hubiera de congregarse a la mañana, en nuestra puerta; como si hubiéramos de poner la única corona digna sobre la cabeza del hombre, avivamos sin descanso la llama en que nuestras creaciones se doran. Y conmovedores y grotescos, oh amigos, llenamos de nidos inútiles el árbol de la noche. (63)

¿Existe verdaderamente una conjuración silenciosa contra el artista original y solitario? Alguna vez, yo pienso que en una noche oscura, ellos se reunieron [y] dijeron evocando nuestra sombra azul: -Destruiremos las lises. (64)

Me hablaba de sus futuros libros, reduciéndolos a cifras: una novela, tantas monedas... ¿Hablaemos nosotros, alguna vez, este lenguaje descarado; aprenderemos finalmente el sistema métrico decimal, nosotros para quienes el meridiano terrestre es tan solo una raya sutil en el azul? (66)

En estas horas, lleno de heroica ternura como un padre de criaturas tullidas, siento el impulso de coger todo aquel brazado de papel blanco y tierno, no más pesado que un montón de pañales en el que alienta un recién nacido, y encaminarme con estas hojas de papel a los tornos de incluso de los editores y dejarlas allí, anónimas y elocuentes, para que hiciesen de ellas lo que quisiesen (68). -Ya sabe usted que yo no pido nada... Sólo ansío mostrar a la luz lo que no sé por qué he creado. Necesito publicar, eso es todo. (69)

¡Oímos tantas cosas, cuando nos presentamos en los umbrales de los editores! -Escribe usted demasiado bien y eso es un obstáculo. -¡Escribe usted demasiado bien! Y hemos consumido la juventud más viva e inquieta en aprender este terrible arte; hemos dejado que el arte sustituya a la vida en nosotros. A veces pienso si no sería bien arrojar definitivamente la pluma. (70)

Pero, ¿no se hace uno así más simpático y tierno, más generoso y pródigo, con esta actividad florida e inútil? ¿No es bello tener una manía casta y sencilla que nos aparta de los rojos abismos? ¿No es bello tener esta manía inocente de formar grupos de palabras hermosas para el aire...? (71)

El descubrimiento de un enemigo es un descubrimiento doloroso (73) ¡Cómo fue sensible mi alma a este primer ataque de la incomprensión y de la rivalidad! No podía mirar un libro de poesía sin sentir un sobresalto. Veía ojos de hombres emboscados, en las rimas más puras. El poeta no era ya el hermano cándido, sino el astuto enemigo. (75) Ahora sonrío: pero entonces yo envidiaba a los hombres anónimos, a los artesanos que practican un arte útil y modesto y se miran unos a los otros con buenos ojos apacibles en las tertulias de los sábados. Entre nosotros hay también artesanos de cara plácida, (76) cultivadores del arte plebeyo para las multitudes. Pero nosotros, los creadores de la melodía rara, los cultivadores del arte singular, los puros, estamos llenos de la soberbia de nuestra pureza [y] necesitamos carne de corazón de nuestros semejantes. Hemos puesto nuestra obra por encima de nosotros, pero nosotros mismos nos hemos puesto por encima del mundo. Nuestro corazón es un corazón enfermo de todas las concupiscencias. (77) Somos voraces y despiadados como las aves de Dios que cantan en la tarde, abriendo a intervalos sus picos para devorar a los insectos que se mecen en el rayo del sol. (78)

Algunas veces he sentido el hastío de este arte que nos seducía por sus raras flores. En estos instantes, he sentido más viva la nostalgia de las muchedumbres aplaudidoras. Y un día he dicho: haré una obra remunerada, modesta y útil. Una obra para vosotros, los ingenuos, los rudos, los sanos, aunque me reprochen los puros, los sutiles. (79) Así he hablado conmigo en la noche y he proclamado mi fuga de los jardines de la sutileza. Desencantado de la labor preciosa y estéril, rompo mi telar de nubes y de sueños y me siento en los bancos de los artesanos. (80)

Desde la soledad en que son concebidos, todos los géneros literarios tienden hacia la multitud, hacia la humanidad, llena de vida: se pasa del poema a la novela y de la novela al teatro. La novela es más amplia que el poema, porque en ella se siente bullir más la vida. (81) Pero esta ilusión de la vida presente sobre la obra, esta asociación de la vida al sueño cúmplase maravillosamente en la obra teatral. (82)

Sin rubor me presento hoy a vosotros [oh sutiles] y canto la alegría de la obra basta y fuerte. Yo el esquivo, el solitario, he hecho la obra para la multitud. He hecho la obra plebeya, tosca; la obra que no podrá agradaros a vosotros, oh virtuosos. (83)

[Evoca la noche del estreno] En aquel instante yo me sentí más grande en el regazo de la multitud, que en el seno deseado de mis rimas solitarias. Pero vosotros, oh sutiles, me abandonasteis aquella noche. Estabais en vuestro cenáculo y escogíais los más sutiles cabellos de la cabellera de vuestra musa para ahogarme con ellos. (86) Y sin embargo, por el semblante de cándida aflicción del más tierno discípulo, como burlado por la infidelidad del maestro, he sentido luego el remordimiento de esa escapada loca a las pingües praderas de la muchedumbre. ¡Oh amigo! ¿Debemos consumirnos siempre en un canto solitario y austero, sin acercarnos a las mesas del convite? ¿Deberemos llenarnos de amargura y despecho en nuestra soledad? (87) Oh esta congoja de la medianía, en que ya nos están vedadas las dulces vías torcidas y los alrededores de los mercados. (88)

Todo mi ser tiembla del pánico de pensar que acaso podría escribir una obra maestra... ¡Oh este enorme pensamiento! ¡Poder escribir una obra maestra! Esta felicidad superior a la de ser amado y a la del hallazgo de la sortija en la torta de pascua, puede sin embargo ocurrirle a cualquiera, hasta a mí mismo... Y sin embargo, ¿cómo lograr la obra maestra? Se querría para seducirla hacer un arte misterioso, profundo, lleno de sentido y de nebulosas iluminaciones. Un arte que no pudiera ser traducido sino letra a letra... Un arte, según cuya fórmula se pudiera decir: -Como Arturo, mi alma ha cambiado su oro rojo antiguo, de anillo de mercader, por otro más amarillo y tierno... -Una frase que obligaría a los críticos a revolver volúmenes. (89)

Ese verso suelto, único y loco, perfecto y solitario, que revolotea sobre la frente del más rudo prosista. (91)

Es dulce hasta la laxitud componer párrafos como éste que no ha de tener su sitio en ningún libro y que se merecería escribiese uno solo para él. «Entonces, la dicha le fue ofrecida en suma tan amplia que superaba las paracas medidas de los sentidos corporales y las colmaba: y ella, atónita ante tanta abundancia, para retener la prodigalidad del momento, doblaba su cuello dulcemente y desfallecía, para recibir

ya lejos del tiempo y del espacio, como eterna e infinita en su alma eterna la noción de aquella dicha que exigía ser acogida, no en las frágiles ánforas de los sentidos, sino en un ánfora de materia inmortal...» (92)

Oh amigos que alguna vez habéis hablado de la vaguedad de mi prosa, tan cargada de ungüentos, tan roma de toda dureza, tan roma y benigna aun en el asalto como los senos de las mujeres, tan descoyuntada y laxa... Quizá la falta de ese sentido que otros tienen, haya sido la causa de su fracaso... Y sin embargo... Gusto de los trazos un poco desdibujados, de los olvidos sobre las figuras. (93) Me falta el sentido de lo preciso, y esto es grave para lectores que miran los censos. (94)

Como fiel habitador de los yermos amo invariablemente en literatura las barbas descuidadas, las largas melenas... Amo a los hombres que se han hecho más buenos en el fracaso. (96)

¡Oh el tormento de la medianía! Ve uno cómo su arte va penetrando poco a poco en los demás, cómo su estilo va rozando las páginas de los otros, que astutamente y con aire de no enterarse, van tomándole una flor de azahar... Parecen decir: -¡Qué lástima que esta perla esté en este basurero!- y se la llevan... Y no podemos decir nada, porque somos oscuros y pareceríamos mendigos que se quejasen de ser robados por un rico. Y mañana, esa belleza será suya... y nosotros que colmamos su copa, tendremos el semblante de haber llenado la nuestra con las gotas caídas de su cáliz... Hay que hacer una prosa rara y difícil... sobre todo difícil, llena de sinuosidades y recodos, una prosa que sea como un laberinto y esté sembrada de duras piedras, en que se hiera la planta de los visitantes... De este modo no nos robarán las rosas. (98)

Para los que hemos tenido una severa iniciación de arte, y largamente hemos paseado por los claustros de la preparación, siempre serán turbadores estos compañeros turbios y ruidosos, artistas sin moral, sin votos solemnes, con paladar para todos los vinos, con manos para todas las presas... Compañeros impertinentes, que llegan a las letras llenos de prisa... Traen al arte un ardor de obreros sin trabajo y cantan las cosas como si quisiesen destruirlas, con la violencia de los que muerden en el beso... Estos hombres han de ser perturbadores para nosotros y nos han de inspirar siempre una invencible repugnancia. (101)

Como un gran elogio se dice hoy de alguno que es un luchador. Tanto como la de bohemio me asusta esta palabra de «luchador». Por nada del mundo quisiera que este arte de brazos tullidos fuera presentado como el de un luchador. No se ha de evocar mi figura sino como la de un hombre extático y quieto que suspendía rosas en el aire. (102)

Para luchar bravamente, ya tenemos el otro arte secundario que nos sustenta y que es como nuestro oficio honrado y modesto. Para luchar, tenemos el periódico aturdido, lleno de grito y de trepidación. Tenemos sobre nosotros esta cosa que nos limita y nos fija... Yo tengo sobre mi alma este dolor del periodismo. (103)

Cada día [debemos] lavarnos y purificarnos en las pilas lustrales de una prosa tranquila (...) ¡Oh la angustia de este anhelo literario compartido con los trabajos serviles! Luchamos por hacernos finos y sutiles, como limas; pero al mismo tiempo nos embastecemos y achatamos hasta ser como martillos. (104)

Y el dolor de la crónica, superficial y ligera, la crónica escrita deprisa, que no firmaría nunca si se volviera a leer; la crónica que se escribe sobre la mesa de un café y de la que luego no se guarda memoria... Y sin embargo... pareceréis pesado en tres columnas para esos hombres que ven películas de miles de metros y novelas de cuatrocientas páginas... Se os incitará constantemente al brochazo gordo, y al suceso sangrante. (105)

Y es raro que un literato virtuoso no sienta la tentación de trasponer estos umbrales y de conocer el misterio que anuncian estos faroles rojos. Es raro que el sediento de amor se abstenga de penetrar en los harenes públicos. En una noche de despecho y de hastío, y de viva curiosidad, hemos entrado en estas mansiones de la venalidad en que los hombres hacen con su cerebro el mismo comercio infame que las mujeres con sus úteros; y nos hemos sentado a la gran mesa, dispuestos a todas las vergüenzas. Y ahora estamos en el refugio de las malas cabezas de la literatura, adonde vienen todos los que no supieron sostenerse con las manos en alto sobre la línea de un propósito puro y también los que nunca tuvieron un propósito. (107)

Manos afectuosas y ofensivas se posarán sobre nuestros hombros con la sana intención de reducir nuestra estatura. (108)

Nosotros que hacemos nuestra labor en medio del estruendo, nos llevamos un poco de ruido, y no podemos evitar que las virtudes del taller se enreden en nuestros cabellos. Porque somos como proletarios, aunque no llevemos una blusa azul: somos como proletarios, nosotros que nos tiznamos las manos y las envilecemos en tareas serviles. (109) Y somos una cosa tosca junto a esos escritores aristocráticos... (110)

¡Oh tanta inquietud y tanto afán por este arte! Pienso alguna vez que hemos cambiado toda la vida por esta blanca página. Mas, ¿de dónde viene esta saña con que nos hemos aplicado a nuestra negra alquimia; de dónde sino del desdén de la vida expresado por sus labios más puros, por los de la criatura cuya larga figura enhiesta está detrás de toda nuestra obra? Artistas sinceros, tenemos detrás de nosotros a una mujer que nos negó la alegría verdadera. Nuestro arte es la vía con que quisiéramos llegar hasta ella. En el fondo de todo ardor lírico extremado está la imagen inaccesible de una mujer (111)

¡Oh la apacible alegría de nuestro corazón en el recinto de las otras artes, donde penetramos únicamente para admirar (...) llenos de placidez, igual que si nos hubiésemos sentado sobre las anchas piedras de una cantera, cuyos bloques no estuviéramos condenados a tallar para forjar una estatua eterna...! (111)

¡Y este pobre libro nuestro que fue tan nuestro, tan nuestro y tan íntimo en el manuscrito único, ahora ya multiplicado en profusión gloriosa y triste, marcada con un precio y que ya no nos pertenecerá...! Ahora lo veremos en otras manos y habremos de dejarlo pasar, con la tristeza de los que han llevado sus hijos a los tornos. ¡Pero ese hombre torpe, pero esa mujer loca van a leernos! ¡Mas no nos pertenece! ¡No nos pertenece... dolor y vergüenza...! (113)

Y si se pudiera vivir verdaderamente lejos... Las obras bellas de los otros vienen a nuestro encuentro y no podemos ignorarlas... Y de nada sirve el gesto esquivo... Se echa de menos la voz de un gran amor que nos engañase y nos dijese: -Tan solo existes tú -y nos viese tan único en el arte como en el amor... (116) Esta

vergüenza de sentirse tosco y desgarbado, grandote y torpón, ruidoso y craso como un hombre que lleva faja, ante ciertos artistas sutiles (117)

Habría que librarse de este lirismo ciego, huero, gárrulo, (...) que hace de nuestro corazón una gavilla de cohetes efímeros y de asterismos precipites... Pienso que nunca podré adquirir esa sonrisa crítica... A los que sentimos [el arte] como un asunto de vida o muerte; a los que sentimos el arte como una emoción, no como un espectáculo, nos estarán vedados siempre los menudos placeres estéticos de la reflexión. (118)

Al cabo del tiempo, hombres así aturdidos, advertimos que nunca hemos visto bien el color de los iris de nuestras amadas ni el último fondo de nuestros libros. No sabemos pulir; ni tenemos paciencia para leer dos veces nuestras páginas. (119)

II. En la Soledad

¡Oh ser el autor de un poema solo y poder mirarse en su obra como en un espejo! Pero ahora [cuando una vez se ha publicado un libro] se ha contraído el compromiso de triunfar o de perecer. (123)

He visto artistas [que] obligaban a los demás a fijarse en su obra, con un gesto que recordaba a los artesanos, cuando prescindiendo de toda belleza, dicen: -Vea usted cuanta madera –o bien, golpeando con la mano: -Todo esto es piedra... (124) Muchas veces me he propuesto imitar a estos hombres y adoptar sus formas de comisionista... Pero no es posible... ¡Oh este don funesto y maravilloso de ser un escritor raro semejante a las mujeres de rara belleza, que no hallan gracia plena entre las multitudes! ¡Oh esta condición de ser raro! (125) Y nos condenan al anónimo eterno y al abandono de los galeones sumergidos, cuyos tesoros velan las aguas. (126)

Oh aquel tiempo inolvidable y lamentado, antes del primer libro (126). Hay un espejismo en creer que está bien el acercarse a las muchedumbres: el hacerse afable y condescendiente. Se tienen amigos, pero también hay que soportar la palmada en el hombro, la mirada insolente, la pregunta directa y todas las audacias de los pequeños que quieren hacerse grandes, tratando a los santos con la familiaridad de los acólitos. (127)

¡Y es, sin embargo, tan difícil sustraerse a esta atracción de lo humano! Los artistas más huraños querrían en cierto momento infundir su espíritu en otros y fundar una religión. (127) Los más jóvenes le llaman maestro y le escuchan con atención... Y el corazón del primogénito se ensancha con el júbilo de ver cómo la estrella errante de su genio se detiene en el centro de una constelación. (128)

Me he sentado largamente en los divanes de la disipación ociosa y de la amistad. Me he resignado a ser el más viejo entre todos ellos y a recibir sobre mi frente de primogénito el peso más grave de los destinos últimos por sentirme en el centro de un círculo amistoso. Me he dejado vencer por el místico nombre de maestro (129) y he tomado un aire conmovedor de pontífice. (130) ¡Oh el ruido de las tertulias literarias! ¡Oh la vanidad de estas colmenas! ¿Qué hemos sacado de esta larga estancia en los divanes, sino un remordimiento luego en la madrugada? (131)

Pienso que nosotros, artistas, deberíamos reunirnos con los artesanos, en sus tertulias graves y modestas. Entre los hombres que tallan la madera y la piedra y forjan el hierro sobre los yunques aprenderíamos solidez y firmeza. Ellos nos darían su conocimiento de la mecánica y de la materia ponderable, origen de toda filosofía. Nos comunicarían la finura y la firmeza de las yemas de sus dedos. Nos descubrirían los secretos que les ha revelado la materia en el trato continuo y nos brindarían todavía para enriquecer nuestros libros un largo tesoro de palabras nuevas, fuertes, precisas y sutiles, con esa sutileza de las sierras y de las limas. (132)

¿No es triste por ejemplo, para un poeta no haber visto el mar? (133)

¡Oh la desdichada plenitud del estilo! Cuando éramos los novicios de este arte (133) y queríamos decir tantas cosas y no sabíamos decir ninguna, nuestro anhelo mayor era crearnos un estilo (...) He aquí ya ese estilo con el cual sabemos ahora desentrañar todas las armonías de un tema verbal y trenzarlas complicadamente a nuestro antojo. (134) Y sin embargo, ahora también echamos de menos nuestra ingenuidad del principio, nuestro lírico balbuceo juvenil. (135) Y para huir de nuestro arte, ya urbanizado, alambrado y vigilado; hartos de tanto orden y de tanta regularidad, en los vagos crepúsculos nos lanzamos a los arrabales. ¡Oh amigo! Todo estilo es una jaula. Para las cosas, pero también para nosotros mismos. Una jaula formada con barrotes de frases hechas. Estamos en ella para siempre ya con nuestras formas cristalizadas y por varias que sean las flores que exprimamos en la floresta de la vida, siempre hacemos con ellas una misma miel. (136) Hemos dominado a las cosas que antes nos dominaban: y hemos perdido así la curiosidad de nuestro arte... Ahora estamos tristes y desencantados y, haciendo una obra siempre igual como la de las arañas y las abejas, envidiamos los vuelos aturdidos de los cigarrones. (137)

Y sin embargo, como nosotros mismos, nuestro arte evoluciona y se diversifica. Basta comparar una página de hace cinco años con ésta. Y pensamos: - ¡Esto de ahora, esto es lo serio! -Y sin embargo, ¿qué nos parecerá todo esto dentro de cinco años? ¿No nos parecerán también muñecas infantiles estas estatuas? (138)

-Usted tiene miedo... -me ha dicho alguien. Pues bien: sí, tengo miedo en mis noches desiertas... Tengo miedo en mi soledad; miedo de no poder dominar el arte, el mío y el de los otros: de no poder vencer tanta obra bella, ajena. (146) Envidio a esos hombres que de un simple gesto apagan una estrella... (147) Echo de menos aquella inflexible medida de la juventud, no contenta con nada y a la que todo parecía pobre y viejo y tosco. Siento la nostalgia de la raya terrible que se marcaba en nuestras frentes ante las obras de nuestros hermanos. Éramos severos e irrevocables. Anonadábamos un sólido bloque de belleza, no con un golpe rudo, sino con una sola palabra sencilla. Éramos despiadados y serenos. Y nuestra blanca cólera sacerdotal era más implacable que la cólera roja de los hornos incineratorios. Éramos crueles y desdeñosos. Éramos crueles, crueles. (148)

Nos hemos hecho humildes y temerosos. Nuestra soberbia se ha fundido en el regazo de las muchedumbres y encontramos un sentido profundo en la palabra más humilde... Y en la noche ahora, contemplamos, callados, mucos de respeto, los blancos atrios de las academias y envidiamos a las golondrinas, que colgaron allí sus nidos. (150)

Tanto deseo oculto de triunfo, de tener un nombre conocido de todos: y luego de pronto este miedo del éxito, que ha de llenar de gente nuestra casa. (156) Y de nada servirá que digamos: –Yo era una sencilla criatura que sólo aspiraba a soñar y a coger musarañas y vilanos en el aire de la primavera... –Porque nos dirán: –Las sencillas criaturas se quedan en las aldeas. Pero tú viniste a este mundo de acción y traías intenciones de lucha... –Pero tú, oh sencillo poeta, es verdad que no viniste de la provincia para luchar en el mundo de la acción. (158) Habíamos creído que era una cosa tan sencilla eso de escribir un ensueño en un papel cándido. Pero ese bello gesto distraído estaba lleno de complicación. (158)

Sí, la primera vez, un día impensado, nos cuajó una perla en el pecho y puramente cantamos el prodigio. Pero luego hemos traficado con esta perla y hemos puesto en nuestro corazón un criadero de ostras. Oh vosotros, los que escribís, ¿no habéis sentido miedo de ese ruido de máquinas que promueve una línea de vuestra mano y vergüenza ante el recuerdo de ese hombre serio y modesto que va haciendo de bronce vuestras palabras leves? Pero yo, algunas veces, en las grandes imprentas he sentido el asombro que sentiría un pobre gusano de seda si viese los almacenes, henchidos de fardos. (160)

Y he sentido sonrojo ante los graves obreros, obligados por mis ensueños a una labor ruda. Oh los buenos obreros que dan eternidad a tanto pobre libro malo; los humildes hermanos que viven una vida de realidad y de necesidad, ¿qué pensarán de nuestra obra y cómo juzgarán nuestra labor liviana? En verdad os digo que sus juicios me acongojan más que los de los críticos más severos. ¡Oh amigos que os sentáis en los divanes ociosamente! ¿No habéis pensado nunca en vuestros hermanos oscuros que con fatiga dan la eternidad material a vuestras ligeras creaciones? (161)

Pero había sobre todo un niño, un niño tierno, de carita muy blanca, de unos grandes ojos negros, adormecidos de sueño por el diario madrugar, que era una elegía viva y que se hubiera querido tener un seno de mujer para besarlo con la suficiente ternura. Y era él el que traía y llevaba las pruebas de un lado para otro, cándido e inocente, blanco e ignorante de las cosas de los hombres como una mujer. Y alguna vez por la mañana iba a casa muy temprano, llevando las pruebas en sus manecitas amoratadas de frío. Y pensaba: –¿Qué poema sería bastante grande y bastante puro y bastante esencial a la humanidad para que un niño como éste madrugase para recogerlo? –Y sentía remordimiento de que él pudiese fijar sus grandes ojos negros en aquellas páginas de impresas inquietudes y que sus largas pestañas negras le dejasen leer alguna palabra fuerte y demasiado viril que le turbase... Y por este colaborador inocente yo juraba no escribir nunca nada que pudiese empañar unos ojos infantiles y elevaba así mi arte a las colinas de la mayor pureza. (162)

Siento el ansia de la obra anónima, sencilla y hasta tosca, no signada por ningún estemma: siento el ansia de la imagen gastada por el tiempo, ante cuya belleza, que ya no representa ninguna intención de vanidad, la muchedumbre se detiene extasiada, francamente entregada al hechizo del arte, halagada por todo y no herida por nada: un libro que no turbase a nadie y que pudiese ser ofrecido a los enfermos, a los pobres y a las mujeres que ya no sean bellas... (164/165)

¡Oh amigos! Tenemos talento... pero acaso también nos falta alma. Hacemos acaso rosas de demasiados pétalos. Hemos complicado nuestro arte hasta alejarlo demasiado de las almas sencillas y buenas. (165) Obreros de un arte

complicado y sutil, nos sentimos oprimidos y molestos dentro de nuestra obra y salimos, pálidos y anhelantes, a tomar el aire en las praderas de la sencillez. (166)

... Y esta noche leía yo el libro de una mujer; y volvía a encontrar el ritmo sencillo, el dulce abandono, la graciosa negligencia. Y después de haber leído los libros más raros volvía yo a leer aquel libro con el embeleso de un niño. Y amaba las flaquezas de aquel estilo que se desplegaba y arrollaba torpemente... (166) Oh libro claro y diáfano, no podemos escribirte, porque nuestra alma se ha hecho ya demasiado complicada, y complicamos hasta lo más sencillo. (167) Y siempre esta inquietud por la fórmula artística... Y es pavoroso el advertir cómo este arte se va apoderando de nuestra vida y llenándola hasta echar de ella toda otra cosa. (168)

Sentimos así de pronto el escalofrío de la eternidad. Hemos encarado con los ojos mortales nuestro propio hermes futuro... En adelante, viviremos en [él] y sacrificaremos a su sereno mármol este otro hermes de arcilla que anda con nuestros pies. Haremos del hermes de carne el servidor del hermes de mármol; encorvaremos sus hombros sobre una labor ruda para que el otro ponga la línea de su frente al nivel de la aurora. Y seremos como la noche que en sus negras manos sostiene el haz de luz de la mañana (...) sostenido en los tenues ligamentos del aire. (172)

El aire está florido de pensamientos bellos al alcance de nuestras manos: y la sombra del crepúsculo está sembrada de saetas, mojadas en perfumes, que se dirigen contra nuestro corazón. Y la belleza fluye en ríos inagotables que corren por entre nuestros pies... Toda cosa en la tierra nos muestra su belleza. (174) Nos agobia tanta belleza: y querríamos a veces que este mundo no fuese tan bello... Y pedimos: –¡Un poco de fealdad, por caridad! ¡Que el mundo sea menos bello, Señor! (175)

Forjar una sola obra grande, fuerte, seria, impersonal y llena de cosas, como una montaña; recoger esas intenciones menudas en el hueco de la mano, y tener la paciencia de guardarlas, no para erigirles un templo diminuto, sino para decorar con ellas el templo de una intención mayor: y hacer así un solo libro y no un centenar de ligeras gavillas... Sustituir la sensibilidad por la imaginación y hacer así obras meditadas y fuertes... Siento el anhelo del argumento de la urdimbre recia, que es difícil de imitar... (177) [Pero] nuestra obra lírica es una hija rebelde, un tanto loca, y en vano queremos encaminarla gravemente, por una sola senda. Ella gusta de probar todas las fortunas y es inútil querer reducirla a una sola intención (178)

III. El divino fracaso

Pienso que la mayor victoria de un artista sería no dominar su arte, sino abandonarlo (186). Así pues, ¿a qué encerrarnos en el círculo de la ilusión de nuestra creación literaria que hace doble la eterna rueda funesta? ¿No sería mejor dejarlo todo y rasgar de una vez este velo dorado? (187) De pronto –y es maravilloso– después de tantas ansias de gloria inmediata, me siento como en los días primeros, a aceptar el eterno anónimo. (188)

¡Oh la mujer que danza sola, sobre una colina de soledad, con el cuello alargado como el de una jirafa, hasta sentir su frente coronada de la aurora boreal, hasta sentir la piel de su cuello tachonada de estrellas como la de una jirafa celeste! ¡Oh la mujer que danza su danza solitaria sobre la colina de la soledad! Así tú, oh poeta solitario, danzas espionado por mil ojos terribles. ¡Aceptando el completo fracaso

ante esas cosas bellas, cuya fórmula estética no encontraremos nunca, pero perseguiremos toda la vida, aceptando desde luego el terrible fracaso que nos hace aptos para sentir las mayores voluptuosidades, las reservadas a los ascetas que se desgarran el pecho! (190)

Y así pues, ¡oh corazón!, lejos de ti esa inquietud de los que llevan frutos en cestos y temen que pierdan su frescura y su sabor antes de ser expuestos en los mercados. Aceptarás tu fracaso en plena plenitud, como esas mujeres que, en la juventud más deseada, cercenan sus cabellos; aceptarás tu divino fracaso, para sentirte más triunfalmente seguro dentro de ti mismo. Aceptarás tu divino fracaso definitivo y completo ante los demás, tu absoluto fracaso ante la gloria de una vez y para siempre, para no sentir los otros fracasos de cada día. (192)

¡Oh las leyes de la composición! ¡Cómo son crueles y tiránicas! Vestidas de blanco como parcas, se han sentado un día en el atrio de nuestro arte y han vedado la entrada a nuestros más íntimos anhelos, a nuestras más esenciales historias. (197) ¡Y será preciso que te mutilen, que mutilen a las criaturas, para que quepan en las sacras medidas! Las leyes de la composición frustrarán tu anhelo más vivo y pisarán con sus fríos pies estos frescos cálices. (198)

Envidia a los artistas que ejercen un arte material... a los que modelan el mármol o forjan el bronce... A los que hacen una obra sólida y tangible... Alguna vez los artistas del mármol se han quejado de su arte material... Ellos se han quejado: pero su obra material era firme y sólida: podía tocarse y sopesarse (206) [Contradice su pesar ante los artistas que «prescindiendo de toda belleza, dicen: -Vea usted cuanta madera –o bien, golpeando con la mano: -Todo esto es piedra...” (124)]

Pero nuestras obras son también una cosa bella y sólida, cuando llegan a tomar su forma de libro y se nos presenta[n] con la verdad material de las cosas, que se pueden acariciar y sostener entre las manos y mecer sobre las rodillas... (207)

¡Oh libros, libros por todas partes en la casa despojada de todo ornamento! ¡Patética primavera de libros en el invierno de nuestra soledad, conmovedora unión de un hombre célibe con esta belleza pura de los libros!... Y la hermana mirando tanto libro en la casa vacía. (208)

Y esto es lo interesante; hacer nuestra obra, la nuestra, la que ninguno podría hacer sino nosotros, la obra única, la que nosotros no cambiaríamos por ninguna otra. (212) AMÉN.

Parábola final

Una noche, ante el diván en que yo estaba sentado, los poetas reclamaron su derecho al dolor y al martirio. Mientras yo, compadecido de su antiguo dolor, quería desligarlos de su heroico voto, ellos, irguiéndose ante mí, reclamaron su derecho inviolable al hambre, al sufrimiento y a la muerte triste. Y como yo les viese tan resueltos, les dije inexorable: -¡Pues bien, locos, agotad hasta el fin vuestro dolor. Que las amadas os pospongan a los mercaderes, que los hombres se rían de vosotros, que no tengáis nunca acceso a las mesas de los festines! –Entonces ellos me increparon: -Nos llamas locos y te burlas de nuestra locura. ¿No eres tú también un poeta? ¿No nos has hecho tú más locos todavía, oh primogénito, enseñándonos a desdenar todas las cosas, menos la poesía? ¿No estás tú también [ceñido] por

nuestro mismo cingulo de dolor: no te desdeñan las mujeres y te befan los hombres?
–Yo, sintiéndome traspasado hasta el fondo de mi alma por sus reproches, les dije: -
Oh hermanos, perdonadme. Habéis sido probados por el primogénito: esto es todo...
Y sonreía enigmáticamente. (217/219)

ACERCA DE LA EDICIÓN

En la edición de Valdemar, la obra se presenta con un prólogo cumplidor de adjetivos, cargante de anáforas y mortificado de resabios en el que su autor, Juan Manuel de Prada, se atribuye la irreverencia cívica de "orinar adrede fuera de la taza" en los lavabos de la Biblioteca Nacional (13), afirma de sus compañeros de oficio que "ya sólo van quedando escritores, o petardos, o profesionales del magnetófono" (15) y denuncia "el lametón de culo" practicado por algunos críticos (16). Después, para dejar bien claro que lo abrupto no quita lo educado, pide "perdón por [usar] el palabro 'fragmentariedad' (19).

De Prada titula su prólogo *Cansinos-Asséns, sagitario de belleza*, y lo abre con un dilatado reproche a la hostilidad de Madrid, reproche cuya ira se concentra sobre la Biblioteca Nacional, "edificio antipático en el que [no solo debía] rellenar formularios y acatar protocolos [sino que, además,] había guardias jurados que me vedaban la entrada si no presentaba no sé qué carné." Tanto control enoja al "bello anarquista" hasta el extremo de "orinar adrede fuera de la taza"¹. No tardará en comprobar la conveniencia de un cierto celo en la custodia de los libros: al ejemplar de Cansinos "le faltaban veinte o treinta páginas, que habría desgajado algún vándalo." A pesar de esta constatación, De Prada no se retracta de su rabieta.

¹ La transgresión ni siquiera es original, como refleja este fragmento de una entrevista de Juan Cruz a Lázaro Carreter, publicada en EP 26/1/2003: "—¿Usted creyó en algún momento que estaba justificado aquello de que Dámaso y Alberti mearan a los pies de la Academia? —Hombre, aquello era una losa sepulcral. Una buena meada no le venía mal, sobre todo si venía de vejigas tan ilustres." Eran otros tiempos, otras estaturas. Y, en cualquier caso, Dámaso y Alberti no impusieron a una mujer de la limpieza la humillación de limpiar sus orines.

A lo largo del prólogo, en el que se declara dispuesto a "infringir" las reglas "en cuanto se descuiden mis editores", De Prada arroja unas cuantas frases lapidarias, ingeridas pero no digeridas: "Allí aprendí que el periodismo es una prostitución necesaria, que la prisa sólo conduce al envilecimiento, que el escritor debe tener conciencia de proletario. Allí reproché a quienes trafican con su obra y la pasean en actos de sociedad (...) Leyendo *El divino fracaso* supe que no hay arte sin dolor [y] decidí que quería ser escritor para los restos, aunque esa opción significase postergar mis ansias de gloria, desechar las remuneraciones del éxito y encerrarme en casa a elaborar una obra exacta, honesta, ajustada a mi inspiración y no a los imperativos del mercado." No tardaría De Prada en "traficar" con una obra precipitada y nada exacta: *La Tempestad*, premio Planeta 1997.

Errores tipográficos

- "llenos de palabras enfónicas", por "eufónicas" (91)
- "la cenicientas" por "las cenicientas" (111)
- "la ambrosía librada en los convivios olímpicos", por "libada" (148)
- "y piensa" por "y pienso" (164)
- "nos lanzamos enaguas espumeantes" por "en aguas" (166)
- "la cara más querida se llena de palidez!", signo descompensado (192)
- "sentir como los temas antiguos" por "sentir cómo..." (196)
- "si quieres que viva" (198)
- "una gran éxtasis callado", por "un gran" (203)
- "versos largos!", signo descompensado (218)

ESTILO

El estilo de Cansinos, depurado hasta no poder más, es admirable, pero abruma. Él mismo se da cuenta por contraste: “Y esta noche leía yo el libro de una mujer, un libro sencillo como ella misma (...) Y pensaba... Oh, ésta sí escribe como ella es, sin artificio, olvidándose a veces de su talento.” Pero Cansinos es ya un artista impedido para la expresión directa y natural: “Amamos el libro sencillo y sin embargo... Tenemos la fiebre de la inquietud en nuestra médula y necesitamos llevarla a nuestra obra.” Su autodenuncia llega a extremos inesperados: “¡Y esta garrulería...!” (166/167)

Cansinos es un “hombre pulcro y contenido, atado por las más estrictas ligaduras estéticas” (47). Su estilo es tímido de pureza, sensual de escotes.

Hay en su lengua raíces crónicas, como ‘bell-’, que antes de pasar la décima página ya hemos pronunciado en 55 ocasiones (3, 1, 6, 8, 10, 4, 10, 2, 4, 7). Tampoco tiene empacho en referirse al genio, la juventud, las estrellas o la mujer (incluyendo en su alusión términos como bayadera, virgen y demás variantes). Creo que se estremece cuando dice ‘nido’.

Sorprende el aluvión de su lenguaje, que empequeñece el de cualquier otra obra escrita. Cualquier conciencia de nuestra poquedad léxica que tuviéramos al empezar su lectura, se habrá multiplicado al final por las numerosas búsquedas en el diccionario que tuvimos que hacer para aprender, comprobar, ampliar nuestro conocimiento o simplemente confirmar que la palabra es invención del autor.

En su escritura es fácil encontrar palabras no recogidas en el DRAE, como “turifescerios” (128), en lugar de turiferarios, o “laticios” (198) en lugar de laticíferos. Borges decía de Argentino Daneri, personaje central de *El Aleph*, que “la palabra lechoso no era lo bastante fea para él [y] prefería lactario, lactinoso, lactescente.” (Evoco este párrafo por mera asociación léxica, no porque crea que Borges lo escribiera pensando en Cansinos, al que tanto admiraba²). Lo cierto es que ante palabras de uso común, como “aspecto”, “aspereza” o “vendadas”, Cansinos -“jamás podré hacer la obra popular”- (46), escribe las casi inéditas “facies” (55), “asperidad” (128) o “entrapajadas” (132).

Otras alteraciones ortográficas, quizá debidas a errores tipográficos, son “abandonásteis” por “abandonasteis” (86), “muchachas en cinta”, por “encintas” (97), “pedruzco” por “pedrusco” (103), “ebónimos” por evónimos (125).

² “Recuerdo un poema de Cansinos. Él dice a una mujer que la amaré siempre y asegura: yo seré como un tigre de ternura. Pues bien, bastaría esa línea para que sepamos que era un poeta. Sólo un poeta puede concebir ternura en un tigre, símbolo de la ferocidad (...) *El divino fracaso*, su libro que más me impresionó, no es un hecho casual: creo que Cansinos buscó el fracaso. Comprendió que el fracaso es más rico que el éxito, hizo todo lo posible para fracasar.”

Jorge Luis Borges. Conferencia en el Instituto Argentino de Cultura Hispánica, 28/08/1980

MUJER

Cansinos tiene una sensibilidad de macho; tierno, pero macho. Cuando escribe que los periódicos son “mansiones de la venalidad en que los hombres hacen con su cerebro el mismo comercio infame que las mujeres con sus úteros” (107), declara su aceptación de una división social en razón del sexo, haciendo explícitos los emparejamientos hombre-cerebro y mujer-útero.

Regido por este criterio, para Cansinos la primera cualidad de una mujer es su belleza física. Escribía Gómez de la Serna: “Mujer: doña Posturitas”. No muy lejos andan las visiones de Cansinos, que ya en el primer párrafo alude a las mujeres, con su belleza de espejo. Y luego, “un movimiento lascivo de caderas” (32), “un volar de cabelleras y faldas” (47). En su añoranza de “un libro que pudiese ser ofrecido a los enfermos, a los pobres y a las mujeres que ya no sean bellas” (165), invoca la salud y la riqueza como los dones más preciados de los hombres, mientras que la mujer parece no tener mejor don que la belleza. De ahí que sin ella esté perdida: “Desfallece como una mujer que advierte la fragilidad de sus encantos” (44); “Estamos perdidos. Nos parecemos a mujeres que preguntan: ¿cómo hay que ser bellas?” (50)

Secundador de valores eternos, Cansinos contribuye a que la mujer haga suya la obsesión del hombre por el virgo: “Un hombre de voz recia nos habla ya sin pudor, como a una mujer que ha perdido su ensueño virginal en una noche” (43). La pureza es todavía el paño fino que si se mancha pierde su valor.

Cansinos decide que la “emoción femenina” es trivial y estética, y se colma con un ramo de rosas (42). La mujer, siempre receptora. Sólo admite que una mujer pueda escribir si se trata de “una mujer triste -acaso una mujer triste- que escriba para distraerse” (53).

Cansinos registra dos tipos de mujeres: las de “peinados lisos, tan castas y tan condolidas” y las “amigas fáciles” en cuyos brazos tantas veces se ha recostado (46). Además, está la madre, según se desprende de esta evocación del “joven romántico, tan joven que aún forma una pareja tierna con la madre viuda” (52). A Cansinos le gustaría agradar a su madre, pero en su ausencia se conforma con una vecina: “Y tú, buena mujer, amiga de mi madre, que querrías verme autor festejado de una obra clara y popular” (46).

Dice de un niño que era “blanco e ignorante de las cosas de los hombres como una mujer” (162). Como una mujer... como mujeres... como esas mujeres... como las manos de las mujeres... como los pies de las mujeres... como la viuda... igual que niñas... semejantes a muchachas... como una virgen...

“mis pálidas mejillas de viuda.” (129)

“llenos de una humana piedad ante las musas embarazadas.” (149)

“Y nos enterneceamos ante las musas domésticas de cabellos despeinados y tez marchita.” (150)